*El amor es una goma elástica que sujetan dos personas con los dientes,* decía mamá. *Cuando una de las dos se cansa y la suelta, la otra recibe el impacto en mitad de la cara.*

Desde la cabecera de mi cama contemplo cada mañana el cielo que se recorta en mi ventana y dejo mis pensamientos a la deriva. No son simples desperezos, son despertares dilatados en los que los recuerdos reviven y me abstraigo en largas reflexiones. A veces vuelven con alguna pena antigua que busca refugio en la tibieza de mi cama, otras me deleitan con lo que fueron, o traen algún tesoro escondido como esta frase de mamá. *El amor es una goma elástica…* Mamá atesoraba frases geniales que nos regalaba en el momento oportuno. ¿Cuántas veces he recibido yo ese impacto en plena cara? […] Estaba cantado que yo sería enamoradiza, pero poco eficaz en mis relaciones amorosas. Me lo contaron aquellos tiernos veranos de Portalella…

PORTALELLA, AÑOS 60

Bruno siguió trabajando sin decir nada. Poco a poco empezaron a aparecer caballitos de patata con cabezas de corcho. Cada figura mejoraba la anterior. Todos admirábamos sus manos, pero solo yo quedé impactada por su ingenio. Mi admiración iba más allá de aquel batallón de tubérculos. Era su pasotismo, sus silencios, su obstinación, lo que me atraía. Nunca lo había mirado así. Una llama ardió en mi interior y me enamoré de él sin saber lo que era el amor. Solo sé que un estímulo incontrolable me impulsó a declararme allí mismo, de sopetón, y nada menos que proponiéndole matrimonio. Bruno contestó con un *¿Yo? ¿Contigo? ¡Qué va!* Y siguió con sus caballitos sin hacerme caso, ni a mí ni a las risitas de los otros.

[…]

Me dolía el labio y me lo toqué con cuidado. Sangraba otra vez. Entonces vino Álvaro y se quedó a cierta distancia. ¿Qué quieres?, pregunté con un gesto de dolor, Es para ti, dijo alargando la mano.

No veía qué me enseñaba y me acerqué. Me dio una pequeña margarita que deduje había arrancado de unas matas de por allí. Me quedé sin saber qué hacer con ella y, en un arrebato, la arrojé a sus pies. Álvaro, contrariado, se marchó cabizbajo.

BARCELONA, AÑOS 70

Una ráfaga de viento abrió del todo la puerta del lavadero que golpeó contra la pared. Cogí la cesta de la ropa y salí a recoger las sábanas que ondeaban como banderas sin patria. Unos pasos que se acercaban por la escalera me hicieron mirar a mis espaldas. Tardé en reaccionar. Patrick había aparecido en el quicio de la puerta y, tras quedarse traspuesto como yo, siguió su camino hacia los trasteros. [… ] Después me sobrevino una torpeza inesperada y me quedé enredada entre las sábanas que el viento abombaba contra mí. Algunas pinzas se desprendieron y cayeron al suelo. Me sentía cada vez más torpe cuando oí los pasos de Patrick otra vez. Me volví. Se había parado a mirarme con un inflador de bicicletas en la mano. Un mechón rubio que el viento mecía sobre su frente se doraba a intervalos bajo el sol. Sus ojos azules fulguraban en la sombra. Me preguntó cómo me llamaba. Adopté el papel de lavandera bucólica que admiraba al joven príncipe. Candela, pero también me llaman Candy —mentí coqueta perdida.

BARCELONA, AÑOS 80

Se detuvo frente a un Volkswagen *Golf* negro, abrió la portezuela y dejó mi cartera en el asiento trasero. Tenía que decir algo, porque mi silencio era interpretado como un consentimiento. Me invitó a subir. Vacilante, di un paso atrás. Me espera mi marido, dije con escaso convencimiento. Una sonrisa que empezó en los labios se le escapó por los ojos. Me temo que no vendrá. Ha salido de compras con mi mujer, contestó rápido como el agua. Un repaso mental a su ficha desvelaba una mujer ficticia que se reía de mi ficticio marido. Empecé a reírme yo también.

[…]

Primero acusé la estrechez, la falta de espacio que para mí era vital ese día. Luego fueron las canciones, que me calaban muy hondo sin pedir permiso. Cada habanera me desgarraba un poco más el corazón. Como si las guitarras y aquellas voces cantaran la pena que me iba por dentro. Impredecibles, las lágrimas acudieron a mis ojos al oír *El meu avi* y Esteban hizo un comentario poco afortunado.

—Anímate, no hay para tanto —dijo. Luego añadió humor al asunto y todavía fue más hiriente—. ¿Lo ves? —rió—. Has conseguido que todo el mundo saque pañuelos para tus lágrimas.

*BARCELONA, AÑOS 90*

Ni se me pasó por la cabeza que un apretón de manos se convertiría en un beso sobre el dorso de la mía. Sus labios apenas rozaron mi mano, pero no tenían prisa por retirarse. ¿Debía retirarla yo? No estaba para galanterías, luchando como luchaba por salir adelante con un trabajo precario y me salió la vena descarada. Espero que me la devuelva, dije entre risas. La necesito para conducir.

[…]

Camino del hotel, en un taxi soñoliento, Florencia amanecía rincón a rincón. Me parecía magnífico descubrirla así, con sus calles desnudas, flotando en el aire de las primeras horas del día. El taxi viró y apareció el Arno, manso y silencioso, y vi cómo la ciudad lo cruzaba por el Ponte Vecchio, con sus edificaciones a cuestas. Las esculturas asomaban por todas partes, como si a Florencia le sobraran obras que regalarnos. Mauricio, estimulado por la fragancia del arte, entonaba *Torna a Surriento* a media voz. El taxista, despertando de su letargo matutino, se puso a cantar con él.

[…]

El actor, sentado a mi derecha, comenzó conmigo una conversación delirante. ¿Qué color es su preferido? ¿Le gustan los westerns? ¿Sabe montar? Parecía un cuestionario para una empresa de contactos. ¿Ha probado el mezcal?, dijo llenando una copa y poniéndomela en la mano. Levantó la suya para un brindis: ¡Para todo mal, mezcal y para todo bien, también!

PORTALELLA 2004

Me esperaba en el *Nothingan Prisa*, el café nuevo del paseo marítimo que un amigo suyo había abierto hacía poco. ¡Menudo nombre! ¿Quién dijo que los catalanes eran sosos? Estaba al fondo, recostado en la barra, hablando con el dueño. Sus sienes plateadas destacaban en la oscuridad. No me había fijado que las tenía tan blancas. Le sentaban bien. ¡Álvaro!, llamé. Al verme se apresuró a pagar la cuenta.

[…]

Aquel viaje a la infancia nos había devuelto una sonrisa. Y desde aquella sonrisa plácida pudimos hablar libres, sin la dificultad del pasado o del presente; hablamos de la vida, las relaciones, la pareja, la necesidad de ser individuos dentro de la pareja… Reconocimos situaciones, descubrimos razones, compartimos dudas, en acuerdo o en desacuerdo, pero siempre sumando.